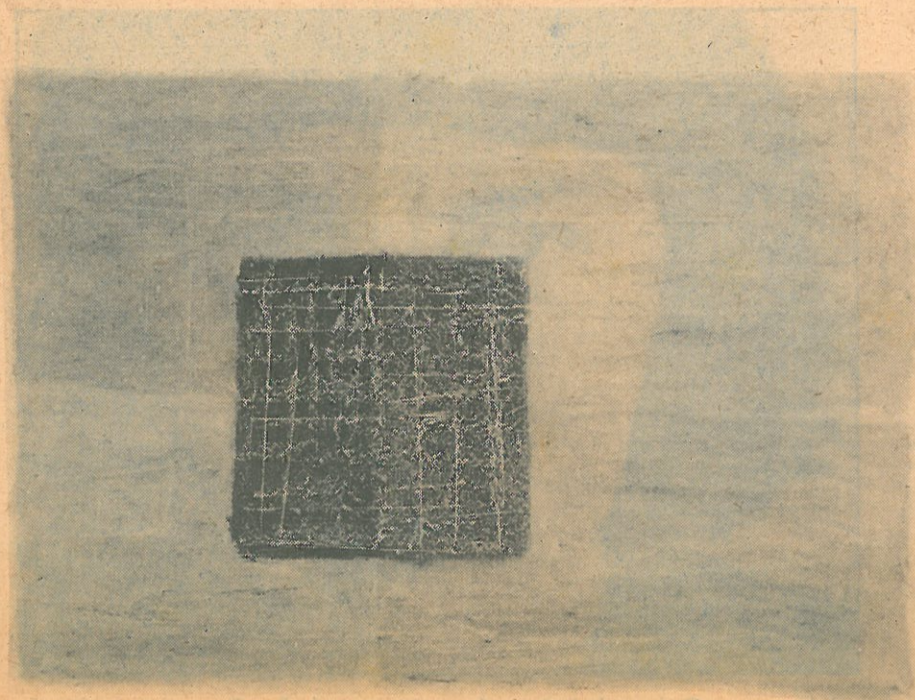


## Escalas: Luis Palmero

Nilo Palenzuela



## I



El pintor moderno se mueve entre una multiplicidad de formas, habita entre una pluralidad de signos. Desposeído de un centro, alejado de cualquier *omphalos*, quiere vislumbrar un trayecto para el lenguaje, una sobreiluminación en el tiempo. Sin horizonte preciso, sin origen inmediato, debe iniciar un viaje cuyo fin se teje en las mismas huellas de su pintura. Esfuerzo o búsqueda sin final, horizonte vacío.

La pintura de Luis Palmero recorre uno de estos múltiples trayectos, diseña sus imágenes, funda sus objetos. Ur-didos por un instante, una grieta se abre a cada paso. Participan de la proximidad de lo real percibida por los sentidos y por la oscura luz de la inteligencia. Espacios cruzados: lluvia oblicua. Olas detenidas en la forma y descubiertas en el mundo inteligible; conceptos entrelazados en rojós y en lianas de la geometría. Extremos de la percepción, contrarios intercambiables en el signo. «Lo que se presenta de inmediato —escribe María Zambrano— se enciende y se desvanece o cesa. Mas no por ello pasa simplemente sin dejar huella. Y lo visible puede encontrar su figura, y lo fragmentario quedarse así como nota de un orden remoto que nos tiende su órbita.»

## II



El pintor se lanza al abismo; vislumbra un trayecto en la verticalidad. Mas descubre también la memoria, ese *recordar* que mira, como en aguas platónicas, un tiempo anterior a todo nacimiento, a todo aprendizaje. Recuerdo de la Imagen o de la unidad balbuciente, luz tendida desde las más altas esferas al recinto lárlico. El descenso entrevisto en el rumor antiguo.

Luis Palmero intenta tejer el signo de un oleaje luminoso; oye el clamor allende el cerco de la mirada. Percibe un paisaje que se tiende en amplias láminas de luz: azules, rojos, pinturas planas, superpuestas. El espacio como señal de una sobrenaturaleza. Se hurta así de la percepción primera, *recuerda*: cada huella se articula en otra huella. Su trayecto encuentra así un antiguo sentido: avanza y al avanzar regresa. Viajero de los signos —de su vórtice— intuye en ellos un recorrido inverso, un paisaje anterior a todo nacimiento.

## III



A mirada muestra entonces sus objetos. La detenida ola se agita en el oleaje de la luz. Destensa el recuerdo de una claridad anterior a toda aurora y ve: «Principio y fin, afirma Goethe, son siempre lo mismo.» Infinito resplandor que sustrae a la apariencia de la apariencia, que separa del objeto su búsqueda.

El pintor aprende pacientemente; desplaza sus láminas rojas, azules, doradas. El trayecto se despliega en cada signo, se inserta en la verticalidad, se edifica en una imagen y en un símbolo: la escalera. Así se desarrolla su obra

entre los años 1980 y 1985. Para los antiguos y para los modernos surge el resplandor en el horizonte. También para el pintor el horizonte invoca un proceso: la claridad insular, el sol, el ojo divino. Las imágenes en el ramillete luminoso de la Imagen.

## IV



ERO la pintura debe pagar el atrevimiento órfico, debe soportar la prueba de la sinceridad y la inteligencia: comprobar los límites del mundo. El pintor conjuga así el fin de la *forma*, también su origen.

La *memoria* se vuelve entonces más límite, más mundo. El sonido auroral de los sentidos no invoca el Universo en un universo; las láminas de luz no respiran la claridad del bosque. El aprendizaje sólo ha podido dar cuenta del proceso interior de su pintura. Más allá de sus límites nada se dice. El proceso, la escala, se vislumbran en su infinita soledad.

Luis Palmero escribe en un catálogo de 1984: «Ahora entiendo la utilidad de una escalera en posición vertical. Esta sirve para subir a través de sus líneas y ver un único paisaje.» En 1987, con su exposición *Fragmentos*, añade: «Al terminar un cuadro o un dibujo siempre veo una escalera detrás de ellos.»

El pintor canario Luis Palmero ha expuesto recientemente sus últimas obras en la galería Modus Vivendi, de Zurich.

